

Sale Montanches solo con ropa de levantar.

La gente pobre todo es trazas. ¿No es bueno que estaba yo, agora diez años, que no tenía un pan que comer, y estoy agora, gloria a Dios, que no sé lo que me tengo? Y lo he adquirido desta manera: que siendo yo vagamundo, entré un día en consejo sobre qué oficio tomaría, y salió decretado que fuese casamentero; y no es negocio de burla, porque ha sido de manera que en dos años que ha que lo uso, de oro hubieran ganado más sino fuera por unas viudas que se han introducido agora nuevamente, y se han hecho casamenteras, y tales son que juntarán una culebra con un gallo si fuere necesario.

Sale Felipa.

¿Está en casa el señor Montanches? ¡Oh!, beso las manos de vuesa merced mil veces.

¡Oh, señora Felipa!, sea vuesa merced muy bien venida.

¿Hase acordado vuesa merced de mí, señor Montanches?

¿Piensa vuesa merced que me descuido en lo que es tocante al servicio de vuesa merced? Cuatro maridos tiene en que escoja a su gusto, que cualquiera de ellos es muy bueno.

Váyamelos nombrando vuesa merced.

El primero es Juan de Espinosa, y éste es entre barbero y cirujano; tiene su tienda aquí, en la calle de Atocha, y es de muy buena parte, porque dice es montañés.

Y si viene a mano será gallego.

En eso no me meto.

Señor Montánchez, no me agrada ese marido.

¿Por qué, señora?

Yo se lo diré a vuesa merced. Nunca fui aficionada a ese arte, porque no es de mi humor ver un barberito destos muy levantado de bigotes y estar todo el día a la puerta de la calle llamando con la guitarra las barbas que ha de hacer. Diga el segundo vuesa merced.

El otro es un alquimista.

Délo al diablo vuesa merced, que estará todo el día en casa fabricando quimeras.

Cásese con un boticario.

Ni por pienso. ¡Jesús!, pues con un hombre que no sale en toda la vida de casa, ¿quería vuesa merced que yo me casara? No quisiera yo sino un hombre barbilargo, carisufrido, a la traza de mi mal logrado, que no entiendo que lo hallaré como él en mi vida; porque tenía tal condición, que ni oía, ni veía ni aun sentía.

¡Oh, qué marido le tengo tan lindo! Pero hay muchas golosas para él, y creo que podrá venir a sus manos de vuesa merced.

Ahí entra el saberlo yo servir y gratificar a vuesa merced.

¡Oh!, es pintado para su condición de vuesa merced.

Y aun para la de todas lo habían de ser los maridos, que ni oyeran ni vieran, sino que los tuviéramos como un cuadro, para adorno de casa.

Ahora bien, señora Felipa; vuesa merced se vaya con Dios, que yo la avisaré a vuesa merced con brevedad de todo.

Pues, señor, suplico a vuesa merced no se descuide de hacerme merced, que en lo que toca a servírselo yo a vuesa merced no habrá tasa, y para en tanto sírvase vuesa merced deste par de escudos ; y perdóneme vuesa merced el atrevimiento en dar esta miseria.

¡Oh, señora! No haga vuesa merced eso conmigo, váyase con Dios; acabe ya. ¡Jesús y qué porfiada es vuesa merced! No use eso conmigo.

Ea, beso a vuesa merced. (Váse.)

Buena va ésta; ya tenemos con que santiguarnos.

Sale BILCHES, pobre.

¡Oh, señor Montanches! Beso las manos a vuesa merced.

¡Oh, Bilches! Sea bienvenido.

¿Hase acordado de mí vuesa merced, señor Montanches?

Sí, en verdad, que el otro día estuve en el jubileo de San Francisco, y hice matrícula de todas las probas que ejercitan el arte de la bribia, para saber dellas las que se querían casar, y le traigo cuatro mujeres en que escoja una, la que más gusto le diere. Sepamos quién son, por vida de vuesa merced.

La una es Alfonsa.

La Alfonsa no la conozco ni sé quién es.

No. Una que acude de ordinario a Nuestra Señora de Atocha.

No quiero mujer ultramuros.

Aguarde, cásese con una irlandesa.

¿Qué? Délas a los diablos, que no las puedo ver, porque son rezongonas, y piden cochiflonorrias, y nadie está bien con ellas, por ser impertinentes y prolijas, y no las dan limosna.

¿No le contenta ésta? Cásese con Mari Rubia, que es manca de una mano y le faltan las narices y un ojo.

Pocas lisiones son esas para pedir limosna, y demás de eso no tendrá voz ninguna, y si alguna tiene, se le saldrá por las narices y no la oirán de aquí allí.

Cásese con Ana Díaz, que tiene dos muchachos y ella anda con unas muletas.

¡Ah, señor Montanches! Algún tiempo era válido eso, mas ya está la malicia muy en su punto, y dicen todos que las muletas son apariencias y los muchachos alquilados.

Si no le contenta a Bilches ninguna destas que le tengo nombradas, tengo para mí, que con las que agora le dijese, no se dejara de contentar.

¿Quién es, señor, que podría ser que me estuviese a cuento?

Es una López, una que está tullida de pies y manos y la traen en un carretón.

Esa mujer es de mucha costa, que es como escudero pobre, que se casa con mujer que quiere coche; y fuera de eso ha menester allegar esa mujer cada día cien reales y no tendrá para pagar al que la trae en el carretón. No quiero mujer estatua, sino mujer que la pueda yo traer de aquí para allí; y crea usted, señor Montanches, que mientras una mujer no tuviere una pierna como mi cuerpo, y el suyo como un San Lázaro, acribillado de hilas y ungüentos, no la darán limosna y juntamente ha de tener la voz de un pregonero, que cuando Dios quería, y era servido, tenía yo otra voz de la que tengo agora. Pues qué, ¿ha sido el señor Bilches cantor o músico en algún tiempo? Qué no, señor, que los pobres siempre lloran; pero pedía limosna en un tiempo, que me iba muy bien.

Pues ¿cómo pedía limosna en aquel tiempo?

¿Cómo, señor? Clamando.

¿Clamando? ¿De qué manera?

Yo se lo diré a vuesa merced. Tomaba yo una calle por la mano, a la hora de la siesta, y con una voz muy triste y melancólica, clamaba y daba tan grandes voces que era de manera que provocaba a lástima, que tiniéndomela, muchos me la daban, y había algunos tan coléricos

que me decían aquello del moro Zaide;

"Mira, pobre, que te aviso que no pases por mi calle."

¡Bueno por vida mía!

Sepa vuesa merced que todo esto es menester y aun más, porque si no es con muy buena labia, no se allega un cuarto, y están ya muy empedernidos los corazones y los tiempos muy perdidos.

Ahora vayase con Dios, que yo le buscaré una mujer muy a gusto.

Señor Montanches, como ella tenga las calidades concurrentes al arte mendicante, que es lo más esencial para sacar la presa de las uñas del gavilán, yo aceleraré, sin duda alguna, luego al momento el casamiento; y no querría enlodarme, sino acertar con una mujer que no me gastase la hacienda en gaiterías, ni me pidiese dimes ni diretes.

Vayase con Dios, que yo haré lo que tengo dicho, y le buscaré una mujer muy a su gusto, y sé que me ha de echar más de mil bendiciones.

Suplico a vuesa merced no se descuide, que en lo que toca a la paga será muy cumplida, y con mucha satisfacción. Ea, beso a vuesa merced las manos. (Váse.)

¡Válate Dios por hombre, y qué gracioso que ha estado! (Llama Doña Hipólita dentro, diciendo): Doña Hipólita, ¿quién está acá? ¿Está en casa el señor Montanches?

En casa está; ¿quién le busca? Entre quien es.

Sale Doña Hipólita.

¡Oh, señor! Beso a vuesa merced las manos.

Yo las de mi señora doña Hipólita. ¿Qué es lo que manda vuesa merced en esta pobre casa, en que la sirvamos?

Yo se lo diré a vuesa merced, señor Montanches. Lo primero y principal es a besarle las manos. Y lo segundo a que vuesa merced me haga merced, pues sabe que soy una doncella recogida, rica y de buenas partes, y hija de buenos padres, y tengo hacienda, gloria a Dios, y no tan poca, que no pasa de veinte mil ducados; y desde que mis padres murieron estoy en casa de unos parientes míos, y descúidanse en casarme, quizá por heredarme; y porque no se vean en tal gozo, querría que vuesa merced me buscase un coche.

¿Un coche?

Digo un marido que sea honrado y de buenas partes, y que tenga coche; y aunque no tenga hacienda, no repare vuesa merced en ello. Antes entiendo que no tendrá coche, porque he oído decir que han mandado que no los haya.

¡Jesús, y qué mal mandado sería eso!

¡Oh, qué marido le podía yo dar a vuesa merced, tan virtuoso que aunque se hubiera echado en oración y pedido y suplicado con mucho fervor a los santos que casan, con misas y oraciones, ayunos y candelillas, no le pudiera topar mejor!

¿Luego hay santos que casan?

Sí, señora; luego, ¿no lo sabe?

Y ¿quién son?

El primero es San Nicolás de Tolentino, y los benditos Reyes Magos, y los santos auxiliares y otros muchos que no nombro por no acordarme de sus nombres. Pero, volviendo a nuestro propósito, digo que el que tengo dicho a vuesa merced le viene de molde, porque es un hombre honrado, y mozo de hasta veinticinco años, y tiene un oficio en palacio muy honroso, mas no tiene coche.

Pues ¿qué quería ese majadero, que se anduviese su mujer a pie? No; pero da una buena razón, y dice que para las pocas visitas que su mujer ha de hacer, le comprará una silla.

Por cierto no me faltaba a mí otra cosa sino ensillarme ahora, habiendo dejado un coche de cuatro caballos.

Con el dueño se casaría vuesa merced, que con el coche era disparate.

Señor, ¿no se casan ellos con las haciendas? Pues nosotras nos casamos con los coches.

¡Bravo deseo es el que tiene vuesa merced de un coche!

Todas le tenemos, señor, sino que unas disimulan más que otras.

Sale Don Beltrán.

¿Quién está acá? ¿Está en casa el señor Montanches?

Este es don Beltrán, que es el que tengo dicho a vuesa merced.

Tápese, que ya le reduciremos a que tenga coche. Entre vuesa merced, señor don Beltrán, que para vuesa merced no hay puerta cerrada.

¡Oh, señor! Dios guarde a vuesa merced mil años. ¿Háse acordado vuesa merced de mí?

Sí, señor, muy en la memoria he tenido a vuesa merced, y le tengo una mujer muy principal y muy hermosa, sino que quiere coche.

¿Coche?...

Coche.

Beso a vuesa merced las manos mil veces. (Hace que se va y tiénele Montanches.)

Venga acá vuesa merced. ¡Jesús, y qué extraño hombre que es!

¡Válgame Dios! Óigame dos palabras.

No, no; en tratándome de coche, no hay parar un punto.

Y si la mujer trae hacienda para sustentarlo, ¿no lo tendrá?

De ninguna manera.

¿Por qué causa?

Por muchas; y sepa vuesa merced que el coche es una necesidad fundada en honra, y un símbolo de ingratitud, y al cabo de poco tiempo que uno le tiene, cuando más descuidado está se trastorna y mata al dueño. Mas que los coches no se hicieron sino para las personas reales y caballeros grandiosos y de la Cámara, que tienen con qué sustentarlos, y no para personas que dejan de comer ellos y sus familias, y venden sus haciendas para tenerlos, y no viven de otra cosa sino de infernar las almas, y son polilla de la hacienda y una segunda cruz del matrimonio.

Bastantes razones da vuesa merced para no tenerlo.

¿Sabe vuesa merced qué hago yo? Cómome el coche de gallinas y los caballos de perdices, y bebo el cochero.

Muy buena pascua le dé Dios a vuesa merced, que hace muy bien.

Y si tengo de tener tres pajes, traigo dos y cómome el otro de torreznos.

Digo, señor don Beltrán, que todo eso me parece perlas.

Vuesa merced se quede con Dios, que me ha parecido el coche de tal njanera, que para toda mi vida quedo ahito dél. (Váse.)

¿Qué le parece a vuesa merced, señora doña Hipólita?

(Destápase Doña Hipólita, dice):

Que tiene muy mal gusto el señor don Beltrán, y debe de ser, sin duda, el que se perdió con la mucha polvoreda, y temiendo que se la han de hacer los coches, no los puede ver, porque no se la hagan segunda vez.

Grande es la pasión que vuesa merced tiene por los coches.
Pues, ¿no la he de tener, si es la mejor invención que se ha visto ni hallado después de Adán acá, porque es nave de la tierra y bagaje del cielo?

Calle, calle vuesa merced, que va diciendo herejías. ¿En el cielo dice que hay coches?

Pues ¿no los hay? Pues dígame vuesa merced en qué da la vuelta el mayor planeta del mundo si no es en coche, y todos los demás planetas lo traen. Y holgárame que conociera vuesa merced a una amiga mía, que murió el otro día, que tenía el mayor deseo de tenerlo que se pueda imaginar, y murió muy consolada en saber que los hay en él, y que se lo podían prestar habiéndolo menester. Según eso, también vuesa merced querrá andar en coche después de muerta.

Yo le diré a vuesa merced lo que pienso hacer, y es dejar mandado en mi testamento que me lleven en coche en lugar de andas o ataúd; y aun si no fuera indecente, quisiera que el coche me sirviera de túmulo y aun de sepultura.

Mire que son herejías todas esas.

No son herejías, sino excelencias.

¿Excelencias?... ¿Cómo son excelencias?

Yo se lo diré a vuesa merced. Cuanto a lo primero, el coche tiene todas las condiciones que ha de tener un amante para ser galán, que es ser solícito, sabio, secreto y solo; y si no, dígame vuesa merced si ha habido coche que haya dicho lo que dentro del se ha hecho.

Pues solícito lo es en verdad; pero echarlo de ver vuesa merced, que adonde quiera que lo manden ir, va rodando; pues sólo mire vuesa merced si lo es, pues que jamás se ha hallado que coche haya llevado de su parte testigos, y él nos lleva adonde queremos ir y recrea a los cinco sentidos. El da que vean los ojos, que huelan las narices, que guste la boca y toquen las manos; y, finalmente, él nos lleva por la ciudad en andas; y si vamos al Prado nos sirve de balcón, y si por camino, de galera despalmada, sin velas ni remos, sino con proa y popa, cómitre y forzados.

Y aun si de cuando en cuando volviera el cómitre con el castigo a la popa, no me parece que sería malo.

(Sale un Paje, habiendo primero ruido y dicho esto): (Dentro.) Para, cochero, para. Hola, sube y mira si está en casa el señor

Montanches, y dile que si me da licencia para besarle las manos.

¿Qué voces son éstas? "Para, cochero», dijo.

Señor Montanches, don Plácido, mi señor, se ha acabado de apearse ahora del coche y dice que si podrá entrar a besar las manos a vuesa merced.

¿Coche dijo? No hay que dudar.

Amigo, decid al señor don Plácido que yo beso las de su merced, y que la entrada en esta casa, especialmente viniéndoseme a hacer merced, no se niega. (Vase el Paje.)

¿Y a qué bueno viene el señor don Plácido?

Viene a verme, y juntamente a tratar de casarse.

¿Trata de casarse, y tiene coche?

Trata de casarse y tiene coche, y de los buenos que hay en la corte.

¿Coche, y de los buenos que hay en la corte? Pues, señor Montanches, de ninguna manera salga de aquí el señor don Plácido sin que vuesa merced me case con él.

No entiendo que le dará gusto a vuesa merced, porque es hombre de más de cincuenta años.

No mire vuesa merced en la edad, que así estaré más segura de que no me jugará la hacienda.

No hay que tratar deso, que es hombre muy quieto, y muy sosegado; pero el talle no le contentará a vuesa merced.

¿Por qué, tiene algún defecto?

Tiene aquí detrás un bultillo, a manera de corcova, que no le deja andar derecho y parece que anda buscando turmas de tierra o alfileres.

No se le dé nada a vuesa merced, que con eso estaré segura que no me pondrá el cuerno ni me le codiciarán las damas, y podré estar segura de celos.

Tampoco se espantará vuesa merced de que yo le diga que es enfermo de la gota.

Señor Montanches, si la gota fuera enfermedad que se pegara, diérame mucha pena; mas no se pegando, más que tenga gota y gotera, que no se me da nada, y más teniendo coche.

Tampoco se escandalizará vuesa merced si le digo que es enfermo de la ijada.

Señor, no me escandalizaré, porque me hago una cuenta: que tañéndole gaitas apriesa no dejará de bailar a este son; que con coche bueno no hay marido malo; y pues él tiene coche, no quiero yo mirar en sus faltas, pues muchas más encubre un coche; y si lo que se trata más se quiere más, más quiero al coche que a mi marido, porque la mayor parte del día la gasto en el coche, claro está que le tendré más afición; y si no haga la cuenta vuesa merced que de veinticuatro horas que tiene un día natural, ando la mayor parte dél en el coche. ¿De qué manera?

Yo se lo diré a vuesa merced. Yo salgo de casa por la mañana a las ocho y vuelvo a las doce a comer; estoy en casa hasta las dos, que son dos horas, y luego vuelvo a salir en él y vengo a las ocho o más tarde; y en cenar y acostar quiero que se pasen dos horas, y una en conversación en la cama antes que nos durmamos, que vienen a ser siete horas que estoy en la cama y diez y siete que ando en el coche, que vienen a ser las veinticuatro horas cabales.

Digo que las tiene vuesa merced muy bien tanteadas. Tátese vuesa merced y arrímese hacia allí, que ya entra el señor don Plácido.

(Sale Don Plácido de vejete con todos los inconvenientes dichos.)

¡Oh, señor Montanches! Beso las manos de vuesa merced una infinidad de veces.

Yo las de vuesa merced, mi señor don Plácido. ¡Oh, qué mujer le tengo tan linda, moza y hermosa, doncella y de buenas partes, y muy rica, y la tengo en mi casa; y porque lo crea vuesa merced, es la que vuesa merced tiene delante de sus ojos.

(Destápase Doña Hipólita.)

¿Es vuesa merced servida de acetar lo que dice el señor Montanches y admitirme por su criado?

Con ese particular, yo soy la dichosa y la que gano.

Alto; pues que están conformes las voluntades, mi señora doña Hipólita se vaya con el señor don Plácido, que su merced mandará llamar al cura o a su teniente para que los despose.

¡Hola, llega el coche!

(Vánse de las manos Doña Hipólita y Don Plácido.)

Aunque no pensó verse en él, qué de presto acetó el casamiento, sólo porque tenía coche. Escandalizado me deja la señora doña Hipólita en haberme contado las excelencias del coche.

(Llanta Cervantes.)

¿Vive aquí un hombre maldito?

Este hombre debe estar loco. ¿A qué diablos está diciendo?

¿No vive aquí un hombre que casa?

Pues iválete el diablo! ¿Qué tiene que ver un hombre que casa con un hombre maldito?

Pues ¿no es todo uno?

¿Cómo es todo uno?

Venga acá, yo se lo diré. ¿Él no sabe que en riñendo dos casados, lo primero que dice la mujer al marido es: "maldito sea quien con vos me juntó?"

Ahorremos de razones y sepamos qué busca vuesa merced o a qué viene.

Á lo que yo vengo es a que me busque una mujer de buena traza.

¿Qué tiene vuesa merced por una mujer de buena traza? Acá llamamos mujer de buena traza a una mujer hermosa, honrada y de buenas partes, y bien formada.

Señor, como ella no sepa formar una olla y darme un asado al principio y alguna niñería con que acabe, y algunas galas y vestidos, y me dé algún dinerillo para que juegue... esta es la mujer de buena traza que yo busco.

¡Muy linda traza es esa! Pues señor, como vuesa merced le traiga la carne para la olla y para asar, ella tendrá cuidado de dársela a vuesa merced aderezada; y en lo que toca a los vestidos, vuesa merced se los ha de dar a ella, juntamente con todo lo demás.

Pues para eso no había yo menester casamentero.

Pues, señor, esa mujer yo entiendo que no la hallará vuesa merced de la traza que la pide.

Yo lo creo que no seré yo tan dichoso como algunos hombres, que se van a cama hecha y mesa puesta y traen muy gentiles galas, y juegan muy buen dinero, y no se les conoce otro oficio más que ser casados. Esos, señor, con su pan se lo coman.

Pues no lo comen con su pan, que también se lo envían.

¿Y holgaráse vuesa merced que otro hombre regale a su mujer?

Pues ¿quién se puede holgar más de mi mujer que yo, que soy su marido y la quiero bien?

Esos presentes, señor, después salen a la frente.

No salen sino a la mesa, que yo allí los veo.

A esos tales los llaman ciervos de Cristo, si quiere que se lo diga claro.

Eso es el yerro en que ha dado el vulgo: que el que envía los presentes es el ciervo, y el que los come es el cazador.

Señor, ¿y sabrá vuesa merced hacer eso?

Señor, cuando no lo supiera aprenderé, que hartos maestros hay que enseñan, y no debe

de ser muy dificultoso, pues lo saben tantos.

(Dice aparte Montanches.)

¡Oh, qué marido éste para una amiga mía tan al propio! Señor, yo le daré a vuesa merced una mujer muy como la pide vuesa merced, pero hámelo de pagar muy bien.

Una por una démela vuesa merced, y no repare en la paga, que del cuero han de salir las correas.

Pues vuesa merced vaya con Dios, que yo se la enviaré a allá. (Váse Cervantes.) ¡Válate Dios el hombre, y qué lindo humor que tienes! Este marido le viene de molde a mi amiga Felipa; quiero ir a dalle cuenta de lo que pasa.

(Vase y sale la boda de Don Plácido y Doña Hipólita, Padrino y Madrina, y los Músicos, y cantan una letra.)

Vuestas mercedes se gocen muy largos años.

Los que Dios fuere servido y serán para servir a vuesa merced.

Vuesa merced, mi señora doña Hipólita, se goce muy largos años.

Viviéndome mi don Plácido y mi coche, todo será para servir a vuesa merced.

Vívale a vuesa merced los años de su deseo, pues es para tanto, y no como vos, majadero, que no habéis sido en toda vuestra vida para comprarme un coche.

No se le dé nada vuesa merced, señora madrina, que teniéndole yo le tendrá vuesa merced todas las veces que le quisiere.

Dios guarde a vuesa merced por esa merced.

(Sale Treviño, paje de Don Plácido.)

Señor, aquí está un paje de Jacobo Bendinelo, y dice que quiere hablar con vuesa merced.

Dile que entre, Treviñico.

(Sale el Paje de Jacome Bendinelo con Treviño.)

Señor, Jacome Bendinelo, mi señor, dice que besa a vuesa merced las manos, y envía a vuesa merced los quinientos escudos, y que vuesa merced se sirva de mandarle enviar el coche.

Hola, Treviñuelo, muchacho, ¿dónde estás?

¿Qué manda vuesa merced?

Andad y decid al mayordomo que digo yo que reciba esos quinientos ducados, y que luego al punto entregue el coche, con todas sus jarcias y zarandajas.

¿Qué es esto? Ven acá, muchacho: ¿dónde enviáis el coche?

A su dueño, señora.

Luego ¿no era vuestro? ¡Ay triste de mí!

Halo sido hasta agora que estaba por casar; mas ya que estoy casado, no le he de menester.

¿Cómo que no lo habéis de menester? Pues siendo mancebo le habéis tenido y agora que sois casado ¿no le queréis tener? ¿Qué es la causa?

Eso preguntaldoos a vos misma.

¡Que hayáis vendido el coche! ¡Oh, maldito sea quien con vos me juntó! Que si no tuvierais coche, yo no me casara con vos; y lo que ha de hacer es mandarle traer luego al punto, donde no, pediré divorcio.

Eso juro yo, que no os casárades vos conmigo si no tuviera coche.

(Sale Pero Gómez.)

Señor don Plácido, aquí le traigo a vuesa merced un braguero para que vuesa merced se le pruebe.

¡Un braguero!... Luego ¿quebrado es también?

Habíame mandado hacer ciento y ochenta bragueros, y tengo hecho éste, y vengo a que se lo pruebe, y si le viene bien hacer los demás como éste.

Váyase con los diablos, que el día de la boda hubo de venir con eso.

¡Váyase de ahí!

¿Aun eso más tenemos, que también es quebrado?

Sí, señora, quebrado soy también; ¿qué quiere más?

¡Triste de mí y quien me engañó! No estuviera yo mejor por casar que casada, y más ahora que ha vendido el coche.

(Sale Antón Díaz y dice:)

Señor don Plácido, aquí traigo a vuesa merced la grana para el parche.

¡Válgame Dios!: ¡si no debe de ser un almacén de males y enfermedades!...

(Sale Juan Blanco, boticario.)

Señor don Plácido, hágame vuesa merced merced de darme el dinero del ungüento que le di a vuesa merced para las almorranas.

¡Vayase con los diablos; que ahora hubo de venir todo junto!

Ahora se ha descubierto otra enfermedad nueva de almorranas. ¡Ay Jesús, qué mala figura es! Y con todo eso se lo perdonaría como tuviera coche. ¡Ay coche mío de mi ánima!; ¡ay coche de mi vida y de mis entrañas! ¿Y qué tengo de hacer sin vos? ¡Muerte, ven y llévame! ¡Ay triste; yo me muero! ¡Jesús vaya conmigo!

(Desmáysese Doña Hipólita.)

Señor don Plácido, llegue vuesa merced y dígame algo; mire que se ha desmayado.

(Hácele aire Don Plácido con la gorrilla y dice):

Amiga; señora mujer; doña Hipólita... No hay tratar deso. Mejor entiendo que despertara ella al ruido de un coche que a los acentos de mis palabras.

Llegue vuesa merced y dígame más.

Dígale vuesa merced que le comprará un coche, aunque nunca se lo compre.

Señor, de decirlo yo lo diré, pero hacerlo no hay que tratar deso, que del prometer al dar hay muy largas jornadas. Doña Hipólita, mis ojos, volved en vos, que yo os prometo de traeros el coche.

(Vuelve en sí Doña Hipólita dice):

Pues júrelo; y diga, señor marido, ¿ha de haber falta?

¡Jesús, señora!, de ninguna manera; y si la hubiere, vos lo veréis. Yo tengo en tan buena reputación al señor don Plácido, que lo hará, y yo salgo por fiador de que cumplirá su palabra; y pues ello ha de ser así, denos licencia vuesa merced para que cantemos un poco y nos alegremos todos.

Sea muy en hora buena; vuestas mercedes tañan y canten, y por mi gusto sea esta letra la que se cante, y con licencia de mi marido bailaré yo un poco por servir a estos señores, y porque con este baile tenga mejor principio y fin nuestra victoria y se dé fin.

(Canten y bailen.)

No hay regalo como un coche
para de día y de noche.

¿Habéismelo de cumplir:

decid, marido y señor?

Pues yo salgo por fiador,
no hay aquí más que pedir.

Casarme quiero y decir

a todas estas señoras,

que son unas pecadoras

si se casan sin un coche.

No hay regalo como un coche

para de día y de noche.